



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EL CAPITALISMO O EL PLANETA

CÓMO CONSTRUIR UNA HEGEMONÍA ANTICAPITALISTA PARA EL SIGLO XXI

FRÉDÉRIC LORDON

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Figures du communisme*

© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2022

La traductora de esta obra ha contado con el apoyo de ALCA, en el marco del programa de residencias de escritura del Chalet Mauriac, propiedad de la Región de Nueva Aquitania, en la localidad de Saint-Symphorien (Francia).

© Errata naturae editores, 2022

c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-13-0

DEPÓSITO LEGAL: M-18657-2022

CÓDIGO IBIC: DN

MAQUETACIÓN: A. S.

IMAGEN DE CUBIERTA: Aaron Sosa / EyeEm

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Prólogo	11
Introducción	17

Primera parte.

Las fuerzas de la inconsecuencia (negaciones, evitaciones, prórrogas)

1. La certidumbre del desastre (si no hacemos nada)	29
2. El escultismo, estadio supremo del capitalismo	53
3. El internacionalismo de la evitación (o los infortunios del «internacionalismo climático»)	77

Segunda parte.

El comunismo como garantía económica general

1. «Salir», pero... ¿de qué y por dónde?	105
2. Transiciones	117
3. Aperturas	129
4. Transición en la transición	143
5. Clausurar las finanzas	159
6. Por un comunismo lujoso	179
7. Garantía económica general y producción cultural	191

Tercera parte. Hegemonía, contrahegemonía

1. No cederán en nada	205
-----------------------	-----

2. Chile, 1973	219
3. La adversidad del exterior (¿comunismo en un solo país?)	233
4. Fisuras en la hegemonía	245
5. Anticapitalismo y antirracismo (elementos para un bloque contrahegemónico)	261
Por lo tanto	305
A modo de final y de comienzo	307

PRÓLOGO

En realidad, es muy sencillo. Hoy tenemos muy claro que la manera en que hemos vivido hasta ahora (la manera capitalista) conduce al desastre general. De ahí que debamos cambiarla. Por completo.

1

Hacia falta una catástrofe, claramente, para cerrar el largo paréntesis de la prehistoria (la del desarrollo material). La desgracia no habrá sido en vano si nos hace entrar, por fin, en la historia (la del desarrollo humano). La vida común debe, pues, rehacerse de arriba abajo.

Los individuos que han reinado durante la prehistoria seguirán teniendo derecho de ciudadanía. Los observaremos como curiosidades, apreciaremos sus transformaciones. Impediremos con firmeza a los recalcitrantes que nos perjudiquen. Porque lo que debemos hacer es lo contrario de lo que ellos han estado tanto tiempo imponiendo.

El que las sociedades de la prehistoria hayan podido hacer del desarrollo de la acumulación monetaria su único

horizonte supone para ellas, por sí sola, la más terrible de las acusaciones.

Una sociedad humana jerarquiza sus prioridades de un modo distinto: según un orden lógico para la razón (incluso aunque, claro está, todo es solidario y, en la práctica, se entrega en su conjunto).

2

En primer lugar, están las exigencias de la conservación de la vida. Para vivir bien, primero hay que vivir.

De ahí que el sistema general de salud ocupe un puesto alto en el orden lógico. Por «sistema de salud» no hay que entender solo las instituciones de atención médica, sino el conjunto de prácticas que contribuye al mantenimiento y bienestar de los cuerpos. Dichas prácticas comprenden la difusión a través de la educación, el intercambio de experiencias y el tiempo de entregarse a ellas.

También se desprende que en la conservación de las vidas humanas se incluya de forma decisiva la máxima consideración posible hacia las existencias no humanas. Solo el disparate de creernos «un imperio dentro de un imperio» ha conseguido que olvidemos que no somos autosuficientes y que necesitamos a los demás; como mínimo, para organizar nuestra simbiosis en su compañía (por lo tanto, para vivir «de manera inteligente» con ellos).

Las nuevas formas de la agricultura se encuadran en esta inteligencia.

La medicina, las prácticas del cuerpo, las atenciones a la simbiosis y la agricultura son las instituciones de la salud humana.

3

Sin embargo, no hay salud posible en la inquietud material. La segunda prioridad lógica les ahorra a los individuos las preocupaciones por el futuro, una servidumbre mental que crea las servidumbres políticas. Nadie debe tener ya miedo.

Si el trabajo social no puede sino estar dividido, es impensable que alguien tenga miedo de no poder acceder a todo lo necesario. La sociedad surgida de la prehistoria aspira, a través de la organización colectiva y en todos los ámbitos, a la mayor estabilización posible de las condiciones de existencia material de los individuos. Nadie debe depender para vivir de un intermediario volátil, soberano y tirano, ya sea en forma de «empleador» o de «mercado». De este modo, le corresponde a la sociedad en su conjunto garantizar sin condiciones a cada cual el acceso a los medios socialmente determinados de la tranquilidad material.

Si consideramos esta cuestión básica como un mínimo, el máximo deberá limitarse de forma rigurosa.

La propiedad privada no tendrá más disfrute que uso. Su explotación para fines de puesta en valor pertenece a la prehistoria, que es donde permanecerá definitivamente.

El desastre nos habrá enseñado que la jerarquía prehistórica estaba cabeza abajo: los primeros, los ilustres, eran unos lerdos, inútiles en el mejor de los casos y, casi siempre, parásitos; la sociedad solo se sostenía, en realidad, gracias a los que consideraba sus subalternos. Una vez remodelada la división del trabajo con vistas a la eliminación de los lerdos, la sociedad identificará con claridad a quiénes debe más y les dará el trato que merecen.

4

Los títulos de la salud y la existencia material son solo los requisitos previos para el auténtico fin de la vida común: el desarrollo de las fuerzas creadoras de todos.

El acceso ampliado y permanente al mayor número de saberes posible para el mayor número de individuos posible es inherente a la sociedad del desarrollo humano. Quien cultiva su propia mente tiende, *ipso facto*, a cultivar la de los demás. Por ello es útil para la sociedad y cuenta con el respaldo de esta.

Si a este acceso se le da el nombre general de educación, todas sus formas se desarrollarán en el título de prioridades

de la vida social: escolar, popular, asociativa, autónoma, etc. Y lo mismo con todos los ámbitos.

Los medios, que en la sociedad anterior eran instrumentos de servidumbre, de conformismo y de embrutecimiento, recibirán una especial atención. Se ceñirán estrictamente a la misión que su propio nombre indica: dar a conocer a cada cual la vida de los demás, de la colectividad y de las otras colectividades. Recibirán, asimismo, la función de informar acerca de todas las ideas y todas las creaciones, lejos de la subordinación a cualquier poder constituido.

La educación, los medios y los lugares de creación son las instituciones del desarrollo humano.

La prehistoria material había situado el sentido de la vida en el nivel del disfrute económico, pero la historia humana lo sitúa en las posibilidades de la libre producción de las manos y la mente. Sustituye el dinero por la obra; en el más amplio sentido posible del término, es decir, sin que implique condición alguna de abstracción ni de posteridad, pero sin excluirla tampoco.

La sociedad humana se juzgará a sí misma por sus obras.

Coda

Los principios no tienen más fuerza que la de la tinta sobre el papel. Para que se conviertan en letra viva, es necesario, como dijo un pionero, que se «hagan con» la mayoría.

Hay que admitir que está en la naturaleza de las declaraciones de principios mantener silencio en lo relativo a las condiciones de materialización de los principios.

Omiten muchas cosas y no dicen nada sobre los detalles. Esta es otra debilidad. Pero también es una fuerza. Primero, porque es una invitación a la contribución de todos: de cada cual según sus capacidades, a la colectividad según su aspiración política. Y luego porque, sin duda, el camino se hace al andar.

Sin embargo, querer ir a otra parte, por mucho que hoy en día se considere una necesidad en términos de protección, no basta por sí solo: no se va a ningún sitio sin haberse hecho antes una idea del destino.

INTRODUCCIÓN

Vaya sorpresa: «después de la COVID», nada debía ser como antes, pero todo es igual, en una versión peor. La enormidad de la conmoción tenía que llevar a profundas reflexiones, a amplios replanteamientos; en resumen, a darle un giro radical al mundo. Sin embargo, el mundo sigue exactamente igual y va muy bien, gracias; muy bien, claro, para Bezos, Musk, Gates, los gigantes tecnológicos, etc., los de siempre. Para los demás, en fin... Aunque, la verdad, tampoco es que «los demás» hayan contado nunca. Es lo que se llama capitalismo, habría que recordarlo en algún momento. Y habría que recordarlo sobre todo porque sus formas de masacrar a «los demás» no dejan de aumentar. Conocíamos desde hace mucho la forma salarial, estábamos empezando a descubrir la forma climática y hete aquí que la forma pandémica hace una estruendosa aparición en escena.

Aunque con un estruendo paradójico. La enormidad del daño es objetiva, desde luego en cuanto al número de enfermos y muertos, pero, como mínimo en igual medida, en las vidas confinadas de aquellos a quienes apenas cabría denominar «sanos». Así pues, enormidad del daño, sí,

pero también una conciencia de sus causas de lo más vaga. Cuando, sin embargo, no hay duda sobre dichas causas. Al destruir el planeta con una tozudez bestial, el capitalismo destruye el reparto territorial de las especies: humanos, animales, virus. La coexistencia feliz implicaba unas distancias «adecuadas», que han quedado abolidas porque el hombre capitalista afirma que «todo es suyo» (y se ofrece a explotarlo), y a esto le siguen varios contragolpes imprevistos. De ser cierto lo que afirman los investigadores que llevan mucho tiempo reflexionando sobre estas cuestiones, el de la COVID no es más que el primero¹, y un simple calentamiento, muy suave, antes de otros más graves.

Aun siendo una condición necesaria para la transformación de las cosas, la conciencia clara de las causalidades dista mucho de ser suficiente. Por no mencionar a quienes cierran las escotillas, hacen todos los esfuerzos posibles por que esa conciencia no los alcance, insisten en considerar la pandemia como un impacto exógeno, un golpe de mala suerte como tantos otros, y rompen a reír ante la idea de que «el capitalismo» tenga algo que ver en el asunto. Si estos están perdidos y no van a hacer caso nunca, lo que ocurre con esos otros que sí ven de qué va el tema, pero son incapaces de extraer de ahí cualquier conclusión seria, no es menos misterioso. No obstante, estamos llegando a un punto de amenaza sobre la humanidad en el que se hará necesario adelantarse,

¹ Una precisión: el primero de esta magnitud que conoce la población general occidental, porque antes ya había habido otros muchos (MERS, zika, VIH, ébola...).

forzar, de hecho, la asunción de la consecuencia. Y la consecuencia no supone más que poner una tras otra dos ideas que se suceden de manera lógica; por ejemplo, unas conclusiones después de unas premisas. No es más que eso y, aun así, parece mucho pedir. Basta con ver, a la izquierda, con qué mezcla de cómicos rodeos y terquedad se dedica al asunto una gran parte de intelectuales, políticos, «activistas» y organizaciones. En realidad, es fácil entender los motivos del rechazo al obstáculo: es un obstáculo alto. Más concretamente, es triple. En nuestra situación, la consecuencia exige rendirse ante tres enunciados que no son fáciles de negociar: 1) el capitalismo ha entrado en una fase en la que está destruyendo a la humanidad y, por lo tanto, la humanidad va a tener que elegir entre perseverar a secas o perseverar dentro del capitalismo (para extinguirse en él); 2) los capitalistas jamás admitirán su responsabilidad homicida ni (por lo tanto) renunciarán a la continuación del (de su) juego, y se valdrán de los giros argumentativos más retorcidos para convencer de la posibilidad, de la necesidad incluso, de continuar, y también de las peores violencias si es necesario (y cada vez lo será más); 3) no hay ninguna fórmula de derrocamiento, ni siquiera de simple moderación, del capitalismo en el marco de las instituciones políticas de la «democracia» o, mejor dicho, de lo que se hace llamar así; solo un increíble despliegue de energía política logrará evitar que el capitalismo lleve a la humanidad al límite del límite, un despliegue que suele llevar el nombre de «revolución».

En esta obra se sostiene la postura de que si, como no duda en pregonar el gran partido de las declaraciones sin consecuencias, la situación es hasta tal punto inédita y de la máxima urgencia, entonces, en contra de las miradas huidizas de ese mismo partido, hay que mirar cara a cara a estos enunciados. Y esforzarse por defenderlos, para hacer algo con ellos. Algo que esté a la altura de la emergencia de la que decimos, con razón pero sin consecuencia, que tanto nos alarma. Y, sin embargo, de este imperativo lógico es de donde el partido de las declaraciones sin consecuencias y de las miradas huidizas intenta desviarse por todos los medios. Y es a este imperativo lógico adonde hay que devolverlo.

Es cierto que los tres obstáculos engendran, por sí mismos, un cuarto: salir del capitalismo de manera revolucionaria, pues, pero ¿para entrar dónde? Basta con plantear «comunismo» como antónimo de «capitalismo» para que enseguida se nos venga encima una avalancha de imágenes históricas. Y el partido está decidido: entre, por una parte, la esperanza de retrasar un poco la subida del nivel de las aguas, la asfixia y las pandemias sin desprenderse de las cosas a las que tenemos apego, los iPhone, las suscripciones a Netflix y los todoterrenos urbanos, sin olvidar la posibilidad de que el propio capitalismo nos salve (soluciones descarbonizadas, vehículos eléctricos, vacunas y antídotos)... Entre todo esto, por una parte, y el gulag, por otra, la decisión se toma rápido.

Presentar la cuestión en estos términos es, quizá, una forma de indicar la naturaleza del combate político que

ha de librarse; más concretamente, de una de sus dimensiones: se trata de un combate de imágenes. La fatalidad histórica del comunismo es que no se ha producido jamás y, aun así, carga con el peso de unas imágenes catastróficas. En realidad, en lugar de estas habría que presentar imágenes de lo que podría ser. Salir del capitalismo seguirá siendo impensable mientras el comunismo siga siendo infigurable (o «no refigurable»), porque no se debe buscar el comunismo como una forma de repulsa a aquello que el capitalismo tiene de odioso. Debe buscarse por sí mismo. Y, para ello, ha de hacerse ver e imaginar: en pocas palabras, dotarse de caras.

Aquí, la idea central, esa idea en torno a la cual se disponen las caras posibles del comunismo, está tomada de la obra de Bernard Friot. Friot la llama «salario vitalicio», pero esa opción, aunque para él esté bien justificada, ha creado muchos malentendidos inútiles. Nosotros aquí preferimos esta: «garantía económica general» (siempre que el cambio de denominación no lleve a olvidar su paternidad real). El sistema de la garantía económica general tiene el objetivo de liberarnos de dos amos irracionales: el mercado y el empleo capitalistas. Un titular de prensa reciente, con una notable capacidad de síntesis (la suerte de los principiantes), resume por sí solo el trasfondo de la aberración actual: «El mercado automovilístico francés cayó en 2020 al nivel de 1975»². Releamos con atención para asegurarnos de estar entendiendo bien:

² *Le Monde*, 1 de enero de 2021.

producir muchos menos automóviles, es decir, muchas menos maquinitas ambulantes que escupan CO₂, a costa de muchas menos extracciones y, en consecuencia, residuos, no es en absoluto un progreso, sino, incluso, todo lo contrario: una caída, «caer». Pero aquí viene lo peor (y lo más perverso): lo que debería considerarse una noticia excelente es objetivamente un desastre para los trabajadores del sector automovilístico. Un sistema integral que vincula de este modo los dos hechos (por una parte, el alivio por el medio ambiente y, por otra, una catástrofe para los trabajadores), que es incapaz de conseguir que uno no lleve al otro y viceversa, un sistema así, en efecto, es sin duda perverso. Ese es el sistema del mercado y del empleo capitalistas. Y es lo que hay que destruir.

En su lugar, la garantía económica general instaaura la desconexión de la actividad y del beneficio, la propiedad colectiva de uso tras la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la soberanía de los productores asociados, la clausura total de las finanzas, un sistema federal de cajas que dirija la subvención de las inversiones y las decisiones de orientación de la división del trabajo. Precisamente, la división del trabajo es una de las cuestiones centrales en todo este asunto y también una de las que menos se plantean; en cualquier caso, en los sectores de la izquierda anticapitalista que solo atienden a las experiencias de autonomía. No es que estas no sean de gran interés, pero son a todas luces insuficientes para sostener por sí solas un nuevo modelo de producción.

Pues lo que ha de reconstruirse es, en efecto, un modelo de producción a la altura de nuestro deseo material, replanteado, por su parte, a la luz de la amenaza que se cierne en la actualidad sobre el planeta (o, mejor dicho, sobre quienes vivimos en el planeta); a la luz, también, de nuestras viejas costumbres, de aquello de lo que podemos desprendernos y aquello de lo que no. De todo este debate, y de otros cuantos que serán, como mínimo, igual de delicados, surgirán un determinado nivel de fuerzas productivas adecuado a ese deseo material razonado y una determinada forma de organizarnos en todos los ámbitos, incluido el macrosocial, para sostenerlo. Al perderse ciertas tradiciones de pensamiento, y con la perspectiva revolucionaria fuera de nuestros horizontes desde hace ya mucho, una gran parte de la izquierda radical ha querido pensar que la salvación está en comunidades pequeñas, en la horizontalidad y el olvido de la «economía». Pero la «economía» no va a olvidarse de nosotros, y por un buenísimo motivo: consiste, sin más, en el conjunto de las maneras con que hacemos frente, de manera colectiva, a la necesidad de perseverar materialmente. Saldremos de la economía capitalista, pero no, desde luego, de la economía a secas. Nos seguiremos planteando sus preguntas. Y sus respuestas se expresan en unos términos a los que no podremos escapar; sobre todo, en relación con las «fuerzas productivas» y la «división del trabajo». La propuesta de este libro sostiene que es posible manipular estos términos de forma que todo su potencial quede en manos de las capacidades de la vida humana.

Por lo general, en la sociología se da ese pequeño drama de que cada cual percibe las cosas del mundo solo desde su perspectiva. Sobre todo, las «emergencias». Por ejemplo, para el urbanita burgués concienciado, la emergencia es «el planeta». Para algunos chalecos amarillos, se trataba, en cambio, de encontrar algo que comer al día siguiente. Ante la violencia con la que nos va a golpear la crisis económica de la COVID, este tipo de emergencia, muy presente ya, adquirirá seguro una dimensión letal, y la cantidad de personas condenadas a la angustia por el mañana crecerá exponencialmente. La miseria se consideraba un fenómeno lamentable, desde luego, pero limitado a los «márgenes» y del que, por tanto, podíamos preocuparnos después de dejar claro nuestro pesar. Sin embargo, la ficción de los «márgenes» empieza a venirse abajo cuando hay sectores enteros de la sociedad a punto de pasarse a los comedores sociales y a la beneficencia. En un sentido literal, se está convirtiendo en una sociedad distinta y tal vez, por ello, lista para plantearse cosas distintas. En cualquier caso, lista para orientar los oídos en otras direcciones. Cuando la angustia por el mañana se vuelve devastadora, hasta el extremo de poner en duda la subsistencia cotidiana, o incluso el mero hecho de contar con una vivienda, la escucha se modifica y la idea de la tiranía capitalista, la del «mercado», que es capaz de hacer naufragar de un golpe un sector entero, y la del «empleo», que siempre hace pagar los platos rotos a los trabajadores, es susceptible de recibir una nueva atención. Y, a partir de

ahí, no queda más que encadenar de manera lógica una primera idea con una segunda, etc.

Bastaría con que los inconsecuentes no se metieran en medio. Se los reconoce porque, desde su cómoda posición y aunque repiten sin cesar que «pronto será muy tarde», están absolutamente convencidos de que aún queda tiempo, de que aún se puede prolongar un modo de vida con el que, al fin y al cabo, a ellos les va bastante bien. Este libro aspira a ponerse en medio del camino de esa gente. De esa gente y de sus maniobras dilatorias. Para obligarlos a mirar. El capitalismo nos destruye, hay que destruir el capitalismo. No hay escapatoria, las falsas soluciones son falsas.

Pero la sociología, además de sus pequeños dramas, también tiene sus pequeños milagros: en favor de la crisis de la COVID, y por muy distintas que sean, las dos emergencias, la del planeta para el que «pronto será muy tarde, pero todavía nos queda algo de tiempo», y la de tener que comer, que no espera, bien podrían tratar de encontrarse. Y la segunda, además, podría darle un empujoncito a la primera, no se vaya a quedar atrás. Tal vez habría que pensar en hacer algo con ese cruce de emergencias a las que, en situaciones normales, todo separa. Se dirá que ya se probó con un amago de acercamiento: «¡El fin del mundo y el fin de mes son la misma lucha!». Pero, al menos según una determinada lectura (que cabe temer que es la más frecuente), la propia expresión revela sus imprecisiones. El «fin de mes» es el salario, y el salario es el empleo capitalista. Lo que indica es que se está buscando

una solución que, al mismo tiempo, salve el mundo de la destrucción y reflote los salarios (capitalistas). Es decir, que evite el fin del mundo pero desde el capitalismo. En pocas palabras, salvar el mundo y reactivar el capitalismo. O, aún más condensado: salvar el mundo capitalista. Si ese es el proyecto, existe una contradicción entre sus términos. Por supuesto, ahí está el engaño bobo de la transición para convencernos de lo contrario: esa transición se hará (aunque interiormente) y todo irá bien.

El concepto de acercamiento de las emergencias que aquí se desarrolla sostiene que hemos llegado a un punto en el que la única «transición» que nos queda es hacia afuera; es decir, una transición hacia algo distinto del capitalismo. Y que la suma de un planeta devastado, las pandemias que siguen a esta devastación y las catástrofes sociales que siguen a las pandemias crea, quizá por primera vez, las condiciones idóneas para abordar el «problema» de forma sintética, así como una idea más justa del tipo de «transición» que dicho problema exige. Lo que es necesario desde hace mucho no es tanto la aspiración a la transición (la grande) como una idea de su destino. El momento que estamos viviendo, como pone de manifiesto esta situación, no es el peor para contribuir a formarse una. Y a expresarla. O, mejor dicho: a demostrarla.

PRIMERA PARTE

LAS FUERZAS DE LA INCONSECUENCIA (NEGACIONES, EVITACIONES, PRÓRROGAS)